

EL APRA, LOS AÑOS DE FORMACION

Steve Stein

Universidad del Estado de Nueva York - Stony Brook

Bajo el indiscutido liderazgo de su fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre, el Apra se ha convertido en la fuerza política más significativa en el Perú desde la década de 1930 a la de 1980. Este ensayo examinará los orígenes y los primeros años del Apra y aislará los elementos que originalmente causaron el surgimiento y la duración de uno de los principales movimientos populistas de América Latina.

El Apra fue formalmente fundado en México en 1924 y empezó a participar activamente en la política peruana de 1930-31, que condujo a las elecciones presidenciales de 1931 en las cuales Haya de la Torre fue candidato. Pero los verdaderos inicios del Apra datan de 1919, cuando Haya de la Torre empezó a relacionarse con sectores influyentes del proletariado industrial de Lima. En realidad, la historia del nacimiento y desarrollo del Apra es la historia de la cuidadosa creación de vínculos de lealtad —durante un período de diez años— entre el futuro líder aprista y los grupos laborales urbanos que más tarde constituirían las bases populares de su movimiento.

La existencia de una masa movilizable, accesible al liderazgo del futuro partido, era requisito para que el Apra deviniera en una fuerza política significativa. Esta masa popular emerge en Lima, capital del Perú, durante la primera guerra mundial y los años 20. El crecimiento urbano da una medida simple de la masificación: la población de Lima aumentó 117 por ciento, de 172,927 a 376,097 habitantes durante el período comprendido entre los censos de 1908 y 1931. Aproximadamente un tercio del aumento tuvo lugar antes de 1919; los dos tercios restantes lo tuvieron durante la década de 1920. Aún más significativa —en términos de la aparición de una masa política— es la alta proporción de ese aumento atribuible al crecimiento de la clase trabajadora. Los cambios dramá-

ticos en la estructura del empleo en Lima entre los años anteriores a la primera guerra mundial y 1931, año en el que el Apra participó formalmente por primera vez en política, muestran que la capital se había vuelto no sólo una urbe, sino más aún, una ciudad de obreros. En general, los empleos de la clase obrera aumentaron 186 por ciento entre 1908 y 1931 con tasas de crecimiento particularmente altas para los obreros de construcción (182 o/o), vendedores en los mercados (316 o/o), obreros domésticos (310 o/o), vendedores ambulantes (un sorprendente 1.333 o/o sólo desde 1920 a 1931) y obreros textiles (319 o/o)¹. Fue de entre estos obreros textiles, el incipiente proletariado industrial de Lima, que el Apra obtuvo buena parte de su primer apoyo popular.

En realidad el nacimiento del Apra fue el resultado del primer contacto formal de Haya de la Torre con las organizaciones obreras del sector textil en Enero de 1919. Con un trasfondo de creciente descontento obrero causado por un notable deterioro de las condiciones de vida de las masas urbanas durante los años inflacionarios de la guerra, las organizaciones laborales de la capital hicieron una huelga para obtener la jornada de ocho horas y el aumento de los salarios por hora. Los primeros en abandonar sus labores fueron los obreros textiles, seguidos luego por los panaderos, los curtidores, los zapateros, los transportistas y los gráficos. Haya fue involucrado en el conflicto cuando los trabajadores buscaron mitigar la intransigencia y represión del gobierno comrometiendo a los estudiantes universitarios en la causa. Los huelguistas pensaron que los estudiantes, más "privilegiados" que ellos, podrían tener mayor peso en los círculos oficiales y serían presumiblemente inmunes a las formas de represión más extrema.

Los modelos de interacción entre el líder y sus seguidores populares que eventualmente formaron el aglutinante del movimiento Aprista surgieron de esta experiencia inicial de Haya. Afirmandose como el cabecilla de una delegación estudiantil de tres miembros, Haya de la Torre se convirtió en el principal negociador de los huelguistas; en otras palabras, el intermediario entre los trabajadores y el gobierno. Moviéndose de un lado al otro entre el cuartel general de los trabajadores y el Ministerio de Fomento, la presencia de Haya empezó a dominar

1. Se encuentran excelentes datos sociales sobre cambios demográficos en Lima a principios del Siglo XX en: Perú, Dirección de Salubridad Pública, Censo de la Provincia de Lima (26 de junio de 1908) 2 Vols. (Lima, 1915); Perú, Ministerio de Hacienda, Resumen del censo de las provincias de Lima y Callao levantado el 17 de diciembre de 1920 (Lima, 1927); y Perú, Censo de las provincias de Lima y Callao levantado el 13 de noviembre de 1931. (Lima, 1932).

las reuniones de los huelguistas. No sólo trajo las noticias de cambios en la posición del gobierno sino que Haya fue también el responsable de formular la posición de los trabajadores en las negociaciones. Sus gallardos informes lo hicieron el centro de atención de las reuniones de los huelguistas. Y en varias oportunidades durante el conflicto Haya reforzó la admiración que sentían por él los trabajadores al enfrentarse a las tropas del gobierno y retarlas a que mataran estudiantes. Después de tres días de negociación casi ininterrumpida, fue Haya de la Torre quien comunicó a los trabajadores que habían ganado en su lucha por la jornada de ocho horas. Al presentar personalmente el decreto de las ocho horas a los huelguistas, Haya consumó su identificación con la victoria de las ocho horas y con la causa del trabajador. En el lapso de treintaseis horas, Víctor Raúl Haya de la Torre había ascendido a una posición de considerable prominencia, hasta de un cierto liderazgo, frente a una buena parte de la fuerza laboral de la capital.

Puede parecer extraño que un individuo de clase media como Haya de la Torre haya asumido la defensa de los obreros en 1919. Haya nació en la ciudad norteña de Trujillo en 1895, de una familia, particularmente por el lado materno, muy vinculada a varios sectores de la elite económica y política del Perú. Asistió al Seminario de San Carlos, la institución educativa preferida de la elite local. Cuando el joven Haya llegó a Lima en 1917 para seguir cursos en la Universidad de San Marcos, tenía a través de conexiones familiares muchos contactos útiles con personas influyentes. Haya describió el impacto de estas experiencias iniciales en la capital:

En ese tiempo era un mocoso criollo, enfermo hasta los huesos de esa frivolidad epidémica —la plaga de la gente de status alto... Por esto, llegué a Lima pensando en el inmenso honor de verme en las aulas en contacto con ciertos personajes tan frecuentemente mencionados en la prensa. (Haya de la Torre 1927:84-85).

Varios factores parecen haber contribuido a la transformación de Haya de un "enfermo criollo" en un decidido representante de los obreros. El mismo año en que vino a Lima, el futuro líder aprista visitó por primera vez la antigua ciudad inca y colonial del Cuzco, donde decía haberse curado para siempre de su frivolidad criolla al ver el sufrimiento del pueblo, peor que cualquier cosa que hubiera imaginado antes. Las ideas del líder intelectual inconformista, Manuel González Prada, parecen haber sido otro estímulo importante para que Haya obtuviera "conciencia social". Como muchos de sus compañeros estudiantes, Haya leía

y discutía ávidamente las obras de dicho escritor. Llevado sobre todo por el ensayo de González Prada sobre el rol del intelectual como guía de los trabajadores, Haya empezó a sentirse capaz de “instruir a las masas para transformar al más humilde trabajador en un colaborador consciente”².

Se puede encontrar un último indicio del interés de Haya de la Torre por representar a los trabajadores, con ocasión del movimiento por las ocho horas, en sus experiencias juveniles en Trujillo. Haya admite que desde los primeros años tuvo pasión por la organización política e interés en los movimientos sociales. De hecho, sus juegos infantiles estaban dedicados a estos intereses centrales. Como recordaba:

Teníamos algunas habitaciones muy espaciaosas para jugar y allí creamos una república. Teníamos un presidente, ministros del gabinete, diputados. Teníamos política. Y allí practicábamos. Y éramos chicos de doce años. Y practicábamos reproducir la vida del país con carretes de hilo. A todos mis hermanos los incluía en el juego. Yo recibía juguetes muy bonitos; locomotoras, trenes. Pero esas cosas no me interesaban. Lo que me interesaba era tener una organización, como un país... Cuando recuerdo esto usted puede ver cuán temprano tuve imaginación política. Era bastante digno de notarse porque imitábamos la vida, pero asegurábamos una vida de orden. Ahora me digo a mí mismo cómo siempre he tenido esto de organizar. Dirigíamos campañas políticas. (Haya de la Torre, en entrevista con el autor, 20 de mayo de 1971).

Para Haya la participación en el movimiento de las ocho horas fue vitalmente importante para decidir qué tendencia tomaría finalmente su inclinación al liderazgo y la organización política. Haya sintetizó en una entrevista con el autor el significado de su primera participación activa en la causa obrera afirmando: “Aproveché la huelga de las ocho horas para forjar lazos con los trabajadores”. (Haya de la Torre, entrevista con el autor, 12 de Diciembre de 1970). Y los acontecimientos que siguieron reflejaron su considerable éxito en ese empeño. El ascendiente de Haya sobre los grupos laborales participantes del movimiento por las ocho horas era evidente desde el día siguiente del término de la huelga, cuando presidió el nacimiento de la Federación de Trabajadores de

2. Algunos de los más sugestivos escritos de González Prada a este respecto incluyen: “Propaganda y ataque”, en sus Páginas libres, Vol. 2 (Lima, 1966), especialmente las pp. 154 y 158-59; y Horas de lucha (Lima, 196 ?), especialmente las pp. 47-51 y 70.

Tejidos del Perú, organización que en la siguiente década constituiría la fuerza más poderosa del movimiento laboral peruano.

Haya entregó la presidencia de la Federación Textil inmediatamente después de su fundación, pero durante los meses siguientes realizó un concertado esfuerzo para mantener y fortalecer los vínculos forjados con los trabajadores en los críticos días de Enero. Se mantuvo en contacto con muchos líderes sindicales a quienes había conocido durante la huelga por las ocho horas, y pronto empezó a ofrecer clases de psicología a un grupo de ellos. Aquellas clases fueron las precursoras de la “Universidad Popular González Prada”, una escuela para trabajadores integrada por estudiantes universitarios, que serviría más que cualquier otra institución para ampliar y fortalecer los contactos de Haya con los trabajadores a través de los años veinte.

El liderazgo de Haya era el elemento decisivo en cada paso del camino que conducía al consiguiente establecimiento de la Universidad Popular en Enero de 1921. Alentaba a los líderes sindicales con quienes había trabajado durante el movimiento por las ocho horas y la formación de la Federación Textil, a esparcir la idea de una universidad popular entre sus compañeros. Desde una carreta jalada por un caballo hablaba diariamente en reuniones de sindicatos, a grupos en fábricas, instando a los trabajadores a que usaran su tiempo libre en las clases de la Universidad Popular para mejorar culturalmente en lugar de gastar su tiempo y dinero en tabernas y burdeles. Al mismo tiempo, Haya de la Torre trabajaba dentro de la Federación Estudiantil para lograr el apoyo de la comunidad universitaria. Elegido a la presidencia de la Federación en Octubre de 1919 —debido en gran parte a su preeminencia en el movimiento por las ocho horas— pudo convenir a un considerable número de sus compañeros estudiantes para que se volvieran maestros en la proyectada escuela de trabajadores.

El núcleo de los líderes del Partido Aprista surgió de entre este grupo de estudiantes-profesores. Muchos de estos jóvenes provenían de la clase media y alta como Haya de la Torre y frecuentemente estaban motivados por las mismas preocupaciones sociales y políticas. La primera indicación del surgimiento de una facción socialmente preocupada y contraria al statu quo en la juventud nacional, coincidió con la iniciación del movimiento de reforma universitaria en el Perú. Las protestas de estos estudiantes contra una universidad conservadora, vinculada con la educación de una elite política y social, eran parte de un rechazo mayor a la vieja generación. La primera guerra mundial, la promesa de la doctrina Wilson y la Paz de Versalles, las revoluciones rusa y mexicana, todas

producían en algunos segmentos de la población estudiantil una mayor conciencia de los males sociales, mientras que al mismo tiempo los alentaban a verse a sí mismo como apóstoles de la reforma política y social en el Perú. Como Haya, ellos también estaban influenciados por las enseñanzas de Manuel González Prada cuya frase, frecuentemente repetida, “los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra” se había vuelto un llamado para los jóvenes que abogaban por su propia afirmación. Su conciencia social aumentó aún más con el surgimiento de grandes cantidades de trabajadores urbanos y con el creciente movimiento laboral.

Los estudiantes activistas y los trabajadores industriales —quienes serían los pilares del Aprismo— se reunieron en un contexto institucional en la Universidad Popular. Desde el principio Haya de la Torre fue la fuerza dominante de la escuela. Además de ser Rector, enseñaba cursos, nombraba profesores, desarrollaba los currículos, planeaba actividades sociales y culturales, y firmaba personalmente el carnet de inscripción de cada alumno. Funcionando por las noches, la Universidad Popular ponía especial énfasis en la educación práctica, con clases sobre higiene, anatomía, aritmética, gramática y geografía. La escuela auspiciaba actividades deportivas, paseos campestres y programas musicales. Los estudiantes de medicina que dieron su tiempo a la Universidad Popular establecieron clínicas populares, donde diagnosticaban y recetaban. Se invitó a los trabajadores y a sus familias a que asistieran a numerosos bailes y otras actividades sociales organizadas por la escuela.

La mayoría de los líderes de la fuerza laboral organizada de Lima estudió en la Universidad Popular, en algún tiempo entre 1921 y su clausura por el gobierno de Leguía en 1924. Los hombres que condujeron los sindicatos más importantes en este período y que dirigirían a los trabajadores en las décadas de 1930 y 1940 compartieron una experiencia común en los salones de clase de Haya de la Torre. El contacto constante entre los estudiantes universitarios y los líderes sindicales en la Universidad Popular llevó a la formación de profundos vínculos de amistad entre ambos grupos. Estos trabajadores, quienes no habían recibido educación formal, o la habían recibido muy escasa, agradecían a los estudiantes-trabajadores por “traer los rayos de la instrucción a nuestras mentes oscuras”. (El obrero textil, III 42, Enero 1923:3) Haya de la Torre era señalado para un elogio especial: llamado “El Maestro” el alma de la Universidad Popular y “el compañero Rector”, Haya era especialmente admirado porque aparentemente había abandonado el mundo aristocrático de la Universidad de San Marcos por el mundo del proletariado limeño.

Los lazos de amistad y lealtad personal establecidos en la Universidad Popular fueron los elementos más importantes del surgimiento de la coalición de estudiantes universitarios y trabajadores entre 1921 y 1923 que finalmente tomó la forma del Partido Aprista. Por primera vez en los salones de la Universidad Popular los profesores de las clases media y alta conocieron a sus alumnos-trabajadores. De esta experiencia educacional común surgió una visible solidaridad —una especie de confianza mutua— entre estos dos grupos. El “frente de obreros manuales e intelectuales”, el nombre favorito de Haya para el movimiento aprista, fue el descendiente de la escuela de trabajadores que formó en 1921. Y en el caso particular de Haya de la Torre, sin duda aprendió en la Universidad Popular muchas de las técnicas que usaría como líder populista para atraer a los trabajadores urbanos a su causa.

El frente de obreros manuales e intelectuales de Haya encaró su primera prueba crítica en Mayo de 1923; ésta contribuiría significativamente a la formación de su trayectoria en los años venideros. A principios de mes el Presidente Augusto Leguía, tratando de obtener el apoyo clerical para su inminente intento de reelección, dió a conocer su proyecto de consagrar el Perú al Sagrado Corazón de Jesús. Al poco tiempo de que la noticia de la consagración se hizo pública, Haya, como rector de la Universidad Popular, empezó a trabajar secretamente contra la maniobra. En la tarde del 23 de Mayo de 1923 se lanzó oficialmente la protesta con una reunión pública en la sala de conferencias de la Universidad de San Marcos. La sesión, apiñada de estudiantes y trabajadores, se inició con la elección de Haya de la Torre para encabezar al movimiento.. Luego, con Haya adelante, una multitud ardiente de aproximadamente 5,000 personas irrumpió desde San Marcos mostrando su indignación por las calles de Lima. Las tropas, incapaces de contener a los manifestantes, los atacaron con espadas desenvainadas. En las calles se oían los disparos de los rifles de los soldados. Pronto, de grupo en grupo, corrió la voz de que Salomón Ponce, maquinista de tranvía y Alarcón Vidalón, estudiante universitario, habían sido muertos por las tropas arrolladoras. Cuando los grupos de manifestantes alcanzaron la Plaza de Armas de Lima, Haya de la Torre, con gestos que recordaban el movimiento por las ocho horas, encaró a los soldados amenazantes y arengó a la multitud. Señalando a las tropas declaró: “El hombre que mata estudiantes y trabajadores no está entre ustedes, soldados. Ustedes actúan bajo un reino de terror.” Y luego, señalando hacia el palacio presidencial gritó: “ ¡El verdadero malvado es el tirano que está escondido allí!” (Cita en Sánchez 1955: 124).

Los sucesos del 23 de Mayo —el espíritu agresivo de la asamblea en San Marcos, los encuentros violentos con las tropas del gobierno, las muertes de un

trabajador y un estudiante, el discurso belicoso de Haya— todos dieron mayor cohesión a la protesta. El 24 de Mayo, en una jugada sensacional, un grupo de manifestantes guiado por Haya, robó los cadáveres de Ponce y Vidalón de la morgue de la ciudad y los llevó a la Universidad. A la mañana siguiente una multitud estimada en 30,000 personas asistió al funeral en el cual Haya de la Torre fue el principal orador. El mismo día el Arzobispo anunciaba la suspensión de la consagración: el movimiento de protesta había salido victorioso.

Los sucesos de Mayo significaban mucho más que la victoria de una campaña multi-clasista de protesta contra la estrategia político-religiosa del gobierno. En perspectiva, la protesta contra la consagración aglutinó la concordia entre los estudiantes universitarios y los trabajadores que luego sería traducida políticamente al movimiento aprista. En términos individuales, el beneficiario más directo de los sentimientos producidos por la protesta contra la consagración fue Haya de la Torre. El era un héroe nacional y —más importante— a los ojos del proletariado limeño, “el guía responsable de la clase trabajadora, de la que ya se había vuelto Maestro.” (*El tiempo*. Lima, 6 de julio de 1924: 3)

El movimiento del 23 de Mayo señaló una profunda transformación en las filas de la fuerza laboral organizada: el apartamiento de los trabajadores de las tradiciones apolíticas a la aceptación y aún la búsqueda de la política como una actividad necesaria para la mejora de su existencia diaria. Viéndolo con mayor perspectiva puede decirse que la politización de estos trabajadores era inminente desde el instante en que se unieron a la Universidad Popular. Por ejemplo, el himno de estas escuelas de trabajadores que exhortaba “¡Despierten, esclavos! Ya los rayos de un nuevo sol alumbran en el Este... Mientras más ignorante sea el trabajador, será más difícil para él conquistar su liberación”, expresaba la necesidad de realizar acciones concretas para lograr el avance personal. Pero la unidad de la protesta por la consagración al Sagrado Corazón y sus consecuencias de represión de los líderes más prominentes del movimiento por parte del gobierno, convencieron a los trabajadores que su lucha era contra los que gobernaban el Estado, y por lo tanto era una lucha política.

Durante los meses siguientes a la protesta del 23 de Mayo, varios líderes laborales prominentes propusieron a Haya de la Torre la creación de una entidad política formal. Pero sus planes fueron interrumpidos por la prisión y luego deportación de Haya en Octubre de 1923. Durante los meses y años siguientes el gobierno hizo de la Universidad Popular y de los sindicatos de Lima dos de sus principales blancos de represión. Uno a uno los locales de la Universidad Popular fueron cerrados por la fuerza y tanto los profesores de esta escuela de

trabajadores como los líderes laborales fueron tomados presos o deportados. Acciones estas dirigidas precisamente hacia los miembros más prominentes del naciente movimiento obrero-estudiantil de Haya.

Mientras que esta represión y el exilio de siete años y medio de Haya ciertamente retrasaron los esfuerzos para convertir la alianza obrero-estudiantil en un partido formal en el Perú, finalmente no lograron hacer prescribir el surgimiento del Apra. Al contrario, de algún modo estos actos probablemente aumentaron las posibilidades de éxito del Apra. Por ejemplo, con el exilio de Haya en 1923 nació la leyenda del líder eternamente perseguido. Desde ese año, la imagen del "mártir" constituyó un elemento vital del estilo político de Haya de la Torre. Más importante, los sucesos de esos años profundizaron la unión —ahora de naturaleza política— entre Haya de la Torre y los obreros industriales. Como observaba Haya en una entrevista en 1970 refiriéndose a la protesta por la consagración al Sagrado Corazón y el subsiguiente período de represión:

Con el movimiento del 23 de Mayo y con mi exilio, mis relaciones con los obreros se robustecieron. Esa fue la base. Esta solidaridad surgió en esa época porque todos contribuimos, todos luchamos, y después, todos sufrimos represión. (V.R. Haya de la Torre, entrevista con el autor. 12 de diciembre de 1970).

Viéndose como víctimas de los mismos ultrajes que el rector de la Universidad Popular, los trabajadores se identificaban más con él y anunciaban su intención de seguir su lucha mientras esperaban ansiosamente su retorno. El nombre de Haya, aunque prominente en la prensa laboral anterior a 1923, empezó a dominar las páginas de las publicaciones de los trabajadores después de su deportación. Se le recordaba hasta en canciones escritas después de su exilio de 1923 y cantadas en las reuniones de grupos de trabajadores durante los años de persecución.

La represión había transformado una alianza obrero-estudiantil relativamente amorfa en un incipiente partido político y había asegurado a Haya de la Torre el liderazgo de ese partido al fortalecer el ingrediente de lealtad personal en su relación con los miembros del proletariado limeño. Cuando en 1924 Haya fundó oficialmente el movimiento aprista durante su residencia en Ciudad de México, los miembros más prominentes de la comunidad proletaria limeña declararon rápidamente su adhesión a la nueva organización. Siete años después, muchos de estos mismos hombres formaron la columna vertebral del apoyo popular de Haya para la campaña presidencial de 1931.

El Apra no tomó la forma de un partido político nacional hasta 1930. Sin embargo, en la década anterior, el aprismo manifestó todos los elementos que lo distinguirían durante su primera campaña presidencial en 1931. El movimiento apareció bajo la forma de una coalición política entre grupos socio-económicos distintos: liderazgo de clase media y alta con su núcleo de ex-instructores de la Universidad Popular, y sus partidarios proletarios que pertenecían en la mayoría de los casos a las filas de los obreros industriales de Lima. El nexo entre estos diferentes estratos de la sociedad peruana era el elemento que había conducido en primer lugar al establecimiento de la alianza: Víctor Raúl Haya de la Torre.

La unión política de “la juventud del brazo y del cerebro”, como le gustaba a Haya referirse a su creación, era necesaria –según los apristas– por “la ignorancia que predomina en nuestras clases trabajadoras”. Debido a este punto de vista relativamente negativo sobre la capacidad de la clase obrera peruana para gobernarse a sí misma, el balance de poder entre las dos facciones del Aprismo en lo referente a la toma de decisiones era, como es de presumir, desigual. Los líderes apristas pensaban que como los trabajadores carecían de la conciencia y habilidad necesarias para la acción política independiente, el gobierno del partido y luego el de la nación debían dejarse en manos de los intelectuales de las clases media y alta quienes estaban mejor preparados para los requerimientos del gobierno. Estos hombres serían los especialistas, los técnicos políticos que dirigirían la administración del Estado teniendo en cuenta la defensa y los intereses de las masas.

La división desigual del poder dentro de este modelo vertical fue aceptada y aún propuesta por los miembros proletarios de la coalición aprista así como por sus líderes de las clases media y alta. Desde los días de la Universidad Popular los trabajadores consideraban que los estudiantes universitarios eran “los más preparados para traernos la luz... Siempre necesitamos un pastor.” (*La Protesta*, Lima, IX, 95, Mayo 1921: 2) Y en la campaña de 1931, este grupo continuó insistiendo en la guía de los antiguos estudiantes universitarios en lugar de la de hombres de su propio nivel socio-económico. El más prominente líder laboral aprista, Arturo Sabroso, describía el punto de vista de los obreros sobre el partido y el liderazgo nacional:

Nunca se consideró como posibilidad un gobierno totalmente formado por gente del proletariado. Precisamente cuando nos convencimos de esto algunos trabajadores dijeron, muy bien, nos uniremos al partido, pero cincuenta por ciento de trabaja-

dores y cincuenta por ciento de intelectuales en todo: diputados, senadores, todo. Otros pensamos que no, imposible tener la mitad de trabajadores. En un bloque parlamentario se tiene que tener hombres profesionales, técnicos, doctores, ingenieros, economistas, abogados, profesores, obreros y empleados. Para el estudio y consulta de muchos problemas se necesita expertos en sus campos. Esto asegurará que todos los estudios se realicen más eficientemente. No es una cuestión de demagogia. Esto es ser realista. (Arturo Sabroso Montoya, entrevista con el autor, 29 de enero de 1971).

En la cumbre de esta jerarquía estaba Haya de la Torre. Habiéndosele otorgado el título de "Jefe máximo", su derecho a la posición de supremo intérprete y director de los "vagos e imprecisos deseos de la multitud" (Partido Aprista 1969: 16) no era disputado por nadie que aún se llamaba aprista. Ningún otro individuo podía aspirar a la dirección final del partido. Esa posición pertenecía a Haya por derecho y se le consideraba "el creador de la doctrina y su principal instrumento y (merecía dirigir) por haber hecho lo que hizo" (Sánchez 1969; III: 1970).

El líder aprista y sus seguidores se consideraban miembros de una sola gran familia en la que los padres debían ser respetados y emulados por sus hijos. También se referían repetidamente a sí mismos como una gran fraternidad en la que los miembros del partido eran tratados como individuos y no sólo como votos. No obstante este énfasis en la hermandad del partido en general, y en Haya como el "hermano mayor" en particular, los apristas concedían a su líder todos los atributos de un patriarca político. El mismo Haya se encariñó con su rol paternal. Veía al contingente de la clase trabajadora de su partido como a un niño: "Un niño vive, un niño siente dolor, un niño protesta por el dolor; sin embargo, un niño no es capaz de guiarse a sí mismo." (Haya de la Torre 1931: 12). En una entrevista en 1970 Haya bosquejó la naturaleza y orígenes de su paternalismo al comparar en términos ideales la relación líder masa del Aprismo con las relaciones sociales que caracterizaban la tradicional "casa grande" o casa señorial de su ciudad natal, Trujillo.

En Trujillo existía la más alta nobleza... Estos lazos eran muy extraños porque venían de la familia. Los lazos aristocráticos se conservaban en Trujillo... Yo fui criado en esta tradición aristocrática... Uno heredaba esto como una especie de código de conducta. Esta aristocracia estaba más cerca del pueblo. Era una vieja tradición. Trataban al pueblo muy bien. En Trujillo el buen trato a los servidores es tradicional. Las

familias que vivían en lo que se llamaba las casas grandes obedecían esta regla. Que los hijos atiendan a los sirvientes en sus cumpleaños, que ellos hagan todas estas cosas; ser padrino de sus matrimonios, todo este tipo de cosa... Y usted tiene que ir a cada uno de los sirvientes y saludarlos y besarlos ... Es un espíritu diferente. Y los que venimos del Norte, por ejemplo, con los negros, muy cariñoso y todo. Al mismo tiempo siempre había algo muy cordial con el pueblo. ¡Eso es el Apra! Las masas apristas han visto en sus líderes gente que había venido de la aristocracia... Fuimos educados en esa escuela... La gente que no conoce el funcionamiento interno del partido no entiende estas cosas... Nacimos de este linaje... En un país que no era un país industrializado ni burgués, sino aún un país patriarcal, estos lazos significaban mucho. Y el Apra debe su éxito en sus primeros años a este hecho. (V.R. Haya de la Torre, entrevista con el autor, 12 de diciembre de 1970).

Considerando el origen y el contenido de la alianza entre los grupos socio-económicos que formaban el Apra, el partido implicaba una propuesta de política y cambio social que colocaba en la cúspide a una minoría benefactora que dirigía a la mayoría menos favorecida hacia lo que era bueno para ésta. Esta propuesta fue evidente no sólo en declaraciones de Haya sino en toda la evolución del movimiento aprista. Las Universidades Populares, por ejemplo, representaban el establecimiento de una serie de lazos verticales de patrón-cliente a través de las cuales las elites intelectuales ataban a las masas en una relación de dependencia al proveerles de beneficios no materiales, i.e. educación. Más tarde estas mismas relaciones se usarían para crear la adhesión de masas para el lanzamiento exitoso de un partido populista. Esta especial unión entre los diferentes estratos era el santo y seña de ese partido. Las distinciones de clase eran reemplazadas por identificaciones con las relaciones de confianza de persona a persona, dependencia y obediencia entre un líder carismático de la clase media alta y sus seguidores populares. Al aparecer en el escenario político en 1930-1931, el Aprismo no representaba —como pensaron en ese tiempo muchos miembros aterrados de las elites— el principio de una lucha de clases en el Perú o aún un intento de cambio estructural, sino un esfuerzo de parte de ciertos sectores de las masas urbanas para lograr un nivel de vida más desable al unirse con un hombre al que consideraban su protector y benefactor. Diez años de contacto íntimo con estos seguidores habían ganado para Haya de la Torre la distinción de esa posición de líder.

Los precedentes de los años 1920 fueron seguidos cuidadosamente durante la campaña presidencial del Apra de 1931. La adhesión a las enseñanzas de los

primeros años se demostró claramente en los elementos más importantes de la campaña del partido: una obsesión por la organización detallada y ajustada; la producción de una ideología compleja; y la preeminencia del estilo político paternalista de Haya.

La profunda preocupación de los apristas por la organización detallada, se volvió un distintivo de su campaña presidencial de 1931. El mismo Haya era el más decidido defensor de una organización partidaria bien planeada. En los primeros juegos políticos de su niñez había demostrado un interés dominante por dar orden a su república imaginaria. Después, en la Universidad Popular, el fundador del Apra insistía, una y otra vez, que la disciplina era un ingrediente indispensable en cualquier empresa dedicada al logro del cambio social. Su inclinación por el orden creció aún más durante los años del exilio cuando se impresionó profundamente con la operación metódica y la estratificación rigurosa de los partidos fascistas y comunistas europeos. El combate implacable a todas las señales de divisiones internas dentro de su movimiento se convirtió para Haya en una alta prioridad para la construcción de una maquinaria política que funcionara eficazmente.

Espoleados por la insistencia de Haya en la organización, el grupo dirigente aprista de Lima empezó febrilmente desde los últimos meses de 1930, a construir organizaciones para reclutar seguidores de las filas del proletariado urbano. Produjeron un gran número de ramas obreras que llevaban innumerables nombres incluyendo comités, sub-comités, células, juntas, federaciones y sindicatos. En la mayoría de los casos estas organizaciones eran primero formadas y luego coordinadas por los líderes de clase media y alta del núcleo central del partido quienes repetidamente insistían en la necesidad de disciplina arguyendo que el éxito político era posible solamente a través de la obediencia estricta a los dictados del partido. Se permitía a los partidarios hacer sugerencias sobre política cuando estaba en formación, pero una vez que se había decidido la política, no se toleraban disidencias. La descripción de sí mismos como un ejército político civil no era inapropiada dado el fiel acatamiento a la cadena central de mando de los apristas. Cada organización aprista, desde el Comité Ejecutivo Nacional hasta la más pequeña célula local, tenía una comisión de disciplina encargada de mantener el control central.

Las ordenadas reuniones y manifestaciones públicas del partido que impresionaban inmensamente tanto a los amigos como a los enemigos del Apra, constituían la evidencia tangible de la preocupación del movimiento por la

disciplina individual y colectiva. Las preparaciones previas para las grandes manifestaciones públicas incluían atención exhaustiva a los detalles más pequeños. Comisiones especiales supervisaban la confección de banderolas, la elección de oradores y la práctica de vítores y cantos. Sólo se permitía portar estandartes y carteles aprobados por la comisión disciplinaria del partido. Sólo los oradores aprobados podían manifestar ante la multitud su apoyo al Apra. Comités especiales planeaban cuidadosamente las rutas que seguirían las marchas, y los planos aparecían en *La Tribuna*, el periódico del partido, en la fecha de la manifestación. Las directivas del Apra hasta especificaban que se dejara una distancia de 30 metros entre grupos de 2,000 manifestantes para facilitar el cruce del tránsito. En la fecha señalada, los manifestantes empezaban a marchar por las calles desde varios puntos de Lima hacia un lugar central de reunión, generalmente una plaza pública. Allí, en medio de un verdadero mar de banderas del partido, la multitud se unía en una serie de vivas ya practicados: “¡A...! ¡PRA! ¡A...! ¡PRA!” Entonaban numerosas canciones apristas y después iniciaban formalmente cada manifestación con el canto tanto del himno aprista, la “Marsellesa aprista” como del Himno Nacional. Todos los preparativos conducían a la dramática entrada de Haya de la Torre. Precedido de gritos de “¡Víctor Raúl! ¡Víctor Raúl!” Haya subitamente subía a la plataforma de los oradores y con su brazo izquierdo extendido en el aire, saludaba a la multitud con el gesto aprista. Sorpresa, un instante de silencio y luego una enorme ovación. Discursos preliminares de líderes obreros y de la clase media, interrumpidos por cantos y vítores. El discurso de Haya, el punto culminante del acontecimiento. Más canciones, más vítores al unísono y el término de la manifestación con los seguidores de Haya marchándose lentamente.

Los altos líderes del Apra demostraron en estas manifestaciones públicas así como en su plataforma oficial una profunda preocupación por la creación y difusión de una compleja serie de principios ideológicos. Su continua insistencia en la importancia de la doctrina aprista y el volumen mismo de los artículos en periódicos y revistas y de panfletos escritos durante y después de la campaña, han llevado a un énfasis exagerado en la importancia de la ideología política en el Apra, particularmente cuando se considera su efecto en la participación de las masas. Las declaraciones doctrinales apristas específicas, casi siempre encerradas en un idioma relativamente sofisticado, tenían poco efecto directo sobre la movilización de la adhesión de la clase trabajadora en 1931. Las discusiones sobre el impacto del imperialismo en la política nacional e internacional o sobre las sutilezas del pensamiento marxista-leninista generalmente confundían a las audiencias de masa en vez de convencerlas de la bondad de los preceptos del

partido. Consciente del limitado interés por la ideología de su movimiento demostrado por las masas populares, Haya instaba a aquellos que no entendían la doctrina a que la "sintieran". (Haya de la Torre 1931: 34) Y algunos años después, el segundo de Haya en el mando, Manuel Seoane, apoyaba este punto de vista afirmando: "Por lo tanto, casi podríamos decir que estamos menos interesados en como *piensa* un aprista que en como *siente* un aprista." (*Publicado en Radiografía de Haya de la Torre*, Lima 1946: 20).

Mientras los apristas de la clase obrera pueden en general no haber comprendido muchas de las declaraciones doctrinales de su partido, la ideología como un todo indiscriminado, tuvo, sin embargo, un impacto importante sobre la movilización de las masas. Sobre todo dió a cada aprista un sentido de identidad política, de algo concreto a qué adherirse más allá de la figura del candidato. A pesar de la dificultad que puedan haber tenido los miembros de la clase obrera del partido para recitar argumentos específicos sobre las relaciones del Perú con los poderes imperialistas o sobre la diferencia entre el "Estado aprista" y el Estado bolchevique, ellos sabían que esos argumentos existían y que habían sido preparados por un equipo competente de líderes. En verdad, el tono grandilocuente y la misma complejidad del idioma ideológico del Apra reforzaba la confianza de las masas en los líderes del partido quienes ostentaban un alto grado de inteligencia. Se pensaba que los hombres capaces de crear y manejar semejante ideología eran individuos superiores que podían no sólo dirigir los destinos del Perú sino interpretar eficazmente el mundo que los rodeaba.

En términos de la movilización política de las masas urbanas por el Apra, el partido constituía una especie de cruzada moral, sobre todo para las masas obreras, más que un frente ideológico unido de votantes informados. En 1931 y en los años siguientes el Apra hizo lo posible por dar a sus adherentes un sistema de valores y un modelo de comportamiento que tocaban todos los aspectos de sus vidas. La concepción del Apra como una fuerza cultural y moral recordaba mucho las campañas morales de los días de la Universidad Popular. Y la idea de que existía un vínculo casi familiar entre los líderes que predicaban la nueva moral aprista, sugería una faceta importante del desarrollo inicial del movimiento durante la década de 1920. En 1931, como anteriormente, este vínculo estaba destinado a hacer que cada aprista "gozara de la satisfacción de sentirse miembro de la vasta e íntima familia de los hombres" (*Ibidem*) mientras también funcionaba para evitar cualquier amenaza seria a la unidad del partido. Atentos al fervor moralista y familiar del Apra, los observadores externos, comúnmente creían que la lealtad de los apristas a su partido sobrepasaban fácilmente cualquier otra lealtad, incluyendo, por ejemplo, aquellas a la nación, a una región geográfica o a una ciudad particular. La descripción de Haya de la Torre del

grado de solidaridad existente en el Apra en 1931 apoya esta creencia: "Nos probamos a nosotros mismos con nuestra sinceridad... y con esto se establecieron lazos de solidaridad indestructibles. No había forma de dudar unos de otros. Era una cosa emocional, una cosa mística, un credo." (V.R. Haya de la Torre, entrevista con el autor. 12 de diciembre de 1970).

Se puede acusar a Haya de exageración en su descripción de lo "indescriptible" del vínculo aprista, pero en general su elección de palabras no parece excesiva para describir el movimiento en la época de la campaña de 1931. Los tonos explícitamente religiosos de la idea de un "credo místico" son eminentemente apropiados para caracterizar un partido que repetidamente se llamaba a sí mismo "la nueva religión" y que había exhibido tonos religiosos desde los días de la Universidad Popular. Los apristas identificaban a su movimiento como una organización "religiosa" cada vez que cantaban las palabras del himno del partido, la "Marsellesa aprista":

Peruanos abrazad, la nueva religión
LA ALIANZA POPULAR
conquistará la ansiada redención:
(En: Cancionero Aprista Lima, 193(?):2)

El fuerte uso de temas y lenguaje del Nuevo Testamento para simbolizar el Aprismo en folletos y discursos del partido indica que se representaba el movimiento a sus miembros como una especie de Catolicismo político. Los voceros apristas describían su organización como una comunión de verdaderos creyentes, unidos por una fe mesiánica y comprometidos con la sagrada misión de purificar la nación y echar a los malos políticos fariseos que habían gobernado en el pasado. "Sólo el Aprismo salvará al Perú" se convirtió en un saludo partidario a emplearse cada vez que dos o más apristas se reunían.

Aparentemente el uso de la retórica religiosa tuvo un impacto significativo en las masas apristas que empezaron a referirse a sí mismas como los dedicados "discípulos" de un Haya de la Torre predestinado, parecido a Cristo. Por su parte no fue poca la influencia del Jefe máximo del movimiento sobre la religiosidad política del Apra. Estudiante de seminario en su juventud, Haya infundía a todas sus empresas importantes un tono místico. Clasificó su participación en el movimiento de la Reforma Universitaria como una misión. Formó las Universidades Populares, que él llamaba "templos laicos" según líneas similares a la iglesia vecinal que reunía a la gente social, cultural y espiritualmente. Además de la huella religiosa personal de Haya en el Aprismo, la represión del frente obrero-estudiantil original inducía a la semejanza del movimiento a una secta perseguida con una evolución análoga a la del Cristianismo primitivo. El mantenimiento de este tono religioso por el partido es una clave de su perseverancia a través de los años, a

pesar de las persecuciones y de las aparentes desviaciones radicales de la ideología. Desde el principio el Apra se perfiló como mucho más que un simple partido político.

La ferviente fe de los apristas en su partido era en gran parte el resultado de la efectiva proyección de Haya de la Torre como un hombre de extraordinarias cualidades y habilidades personales. La piedra angular del movimiento aprista —desde su desarrollo inicial como una alianza obrero estudiantil en los años 20— el dominio de Haya en la campaña de 1931 era simplemente la expresión lógica, en la política electoral, de tendencias ya bien establecidas. El liderazgo aprista declaró que Haya de la Torre significaba ni más ni menos que la salvación de la patria. Su retorno al país en 1931 fue llamado una especial Pascua de Resurrección peruana que marcaba el renacimiento de la nación. El era, según los defensores del partido el “Guía supremo” de los apristas y la encarnación viviente del programa del Apra.

La imagen exaltada de Haya de la Torre en la campaña era el producto de su hábil combinación de rasgos específicos de personalidad en un estilo político coherente. Los principales elementos de ese estilo habían sido desarrollados bastante antes de la elección, durante la década de 1920. Como era de esperarse, el líder aprista construyó su imagen para la carrera presidencial de 1931 a través de la dramatización de sus pasadas acciones en la huelga por las ocho horas en 1919, la protesta contra la consagración al Sagrado Corazón y la Universidad Popular. Del constante relato de sus episodios surgieron dos características de personalidad que constituirían la base de su estilo político: Haya el héroe y Haya el educador. Para dar énfasis al Haya heroico, el campo aprista recordaba a los votantes su resuelta confrontación a las tropas del gobierno en 1919 y 1923. Y los voceros del partido agregaban que la amarga recompensa para este hombre valiente y dedicado que había creado el Apra fue su solitario pero instructivo destierro del Perú. Los apristas subrayaban estos incidentes específicos del valor de Haya para pintar a su Jefe máximo como un hombre de acción, una persona de logros concretos, listo a entrar en batalla para mejorar la situación de sus seguidores.

El logro del líder aprista más frecuentemente citado durante la campaña, fue su creación de la Universidad Popular. Y en la escuela aprista explícitamente política de 1931 Haya se perfiló como el mismo “maestro” de ocho años antes. A través de su estilo de oratoria política y su repetido énfasis en su misión educadora personal, el Jefe máximo revelaba su continua identificación con el rol de gran maestro de las clases trabajadoras. Los largos y frecuentemente complicados discursos de Haya parecían lecciones de salón de clases en lo que reunía lógica y evidencia para convencer a sus oyentes de la actitud de su posición.

Ya fuera el héroe o el maestro, durante la campaña Haya siempre fue el patriarca. La postura paternalista no era nueva para el líder de 1931. En realidad, las

únicas diferencias notables entre el “padre de los trabajadores” de los años 20 y el “padre del Apra” durante la campaña era que en esta época el número de sus “hijos” había crecido mucho más que un pequeño grupo de líderes sindicales, y que en el contexto electoral había batallas políticas que ganar. El afecto paternal y la autoridad paternal constituían las características centrales del estilo de Haya. Muchos observadores advertían el extraordinario calor personal del líder aprista, su sonrisa contagiosa, su disposición generalmente complaciente y su prodigiosa memoria para las personas y acontecimientos del pasado. Muchas de sus conversaciones personales con fieles apristas durante la campaña trataban sobre los problemas íntimos de sus vidas diarias, y Haya siempre parecía listo a dar compasiva comprensión y consejo pertinente. La manifestación física de la calidez personal de Haya, en la forma de largos apretones de manos, palmadas en la espalda y sobre todo carifosos abrazos, era una característica notoria de esos encuentros individuales. La predilección del líder aprista por la expresión física se convirtió en parte integral de su estilo paternalista. Pero no todo era benevolencia paternal en el patriarca aprista. La literatura aprista lo retrataba como un severo, tan presto a reprochar la mala conducta como a premiar las buenas acciones. La coexistencia de la bondad y severidad daban un contrapunto dinámico al atractivo de Haya. Al mismo tiempo que mantenía una relación íntima con sus seguidores, también era capaz de apartarse como un líder poderoso y especialmente dotado.

El impacto del estilo político de Haya de la Torre fue particularmente notable en la lucha del Apra para captar los votos de la clase trabajadora. En la campaña aprista abundaban las referencias, hechas por el mismo Haya y por otros notables del partido, a la larga historia de colaboración del líder aprista con los grupos laborales urbanos. Se prometía que esta colaboración resultaría en el uso del poder del Estado para mejorar las condiciones del proletariado. Más importante Haya dió la mayor prioridad de su campaña a la renovación de los lazos de lealtad personal —forjados desde la huelga de las ocho horas— entre él y los líderes sindicales de la capital. Los líderes laborales era invitados a frecuentes reuniones cara a cara con Haya, quien siempre recordaba rápidamente y con afecto los contactos anteriores con estas personas.

Haya logró éxito eminente al utilizar sus vínculos con los líderes sindicales para ganar el voto de los trabajadores organizados en la elección de 1931. También captó gran parte del sector urbano medio. Sin embargo, su popularidad entre estos grupos no fue suficiente, en términos de votos, para neutralizar el margen de ventaja de su oponente populista Luis M. Sánchez Cerro, quien ganó el apoyo del más numeroso *lumpenproletariado* limeño y el del electorado de la clase alta.

Para Haya de la Torre la derrota electoral y los subsiguientes años de persecución no marcaron el fin sino el principio de una carrera política. El líder aprista nunca sería presidente del Perú, sin embargo, se convirtió en la cabeza de la organización política más importante del país en el Siglo XX. Haya fue impedido de competir en varias oportunidades por la presidencia hasta 1962 por los militares convertidos en anti-apristas. Su violenta oposición se había originado en gran parte en la masacre aprista de oficiales del ejército en 1932 en Trujillo, y fue alimentada desde entonces por ciertos sectores oligárquicos que temían las consecuencias de un gobierno aprista. A pesar de la prohibición de competir formalmente por cargos altos, durante el período entre 1933 y 1960, el Jefe máximo del Apra aprovechó la falta de una competencia fuerte para ganar para su movimiento político una fuerte influencia en el voto laboral peruano. Sólo en las últimas décadas —particularmente desde el surgimiento del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada en 1968— la popularidad de Haya entre sus seguidores proletarios empezó a dar muestras de deterioro. Sin embargo, él y su bien organizado partido retuvieron suficientes seguidores políticos para ganar el mayor número de votos en las elecciones de 1978 para la Asamblea Constituyente. Después de cincuenta años de su entrada en política, Víctor Raúl Haya de la Torre mostró su poder de permanencia al convertirse en Presidente de esa Asamblea y justo antes de morir, en 1979, firmó la nueva Constitución del Perú.

Si bien este estudio se ha concentrado en los años de formación del primer movimiento populista del Perú y quizá de Latinoamérica, los modelos políticos establecidos durante esos años han continuado siendo la principal piedra angular no sólo del Apra sino de una gran variedad de otros movimientos populistas en América Latina. Parece oportuno hacer algunas observaciones finales que sintetizan los modelos populistas ejemplificados por el caso aprista.

El Aprismo era un movimiento vertical unido por los lazos de lealtad personal entre el líder y los partidarios. Difería notablemente de movimientos horizontales de clase o basados en intereses, que se consolidaban alrededor de temas específicos, o de una ideología. Contrario a estas organizaciones generalmente horizontales cuyos miembros provienen más o menos de los mismos estratos, el Apra atravesaba las líneas de clase y status para incluir personas de los varios niveles de la sociedad peruana. Un elemento principal en la adhesión de los partidarios obreros del partido populista era el acceso que daba a vínculos con hombres que tenían un lugar superior en la pirámide social. Para el populista de la clase trabajadora, estos vínculos parecían ofrecer una vía hacia hombres con poder, quienes ayudarían a proveer un grado de bienestar material. Para la mayoría en el contexto de la sociedad de masas urbanas del Perú de los años 30, era poco probable recibir un beneficio inmediato de aquellos que estuvieron en el poder. Pero la

realidad no desvirtuaba seriamente la imagen populista de un gobierno personalizado, "de familia"; gobierno que si fuera incapaz de dar directamente a todos todavía simbolizaba una fuerza generosa y compasiva de los pobre que sufren.

La dependencia política inherente a este primer movimiento populista era paralela, en muchas maneras, al tipo de relaciones patrón-cliente que penetraban la vida social peruana y latinoamericana desde la época colonial. Como el arquetípico contrato bivalente entre el hacendado rural y el peón, el lazo político entre el líder populista y el partidario, era una asociación individualista y decididamente personal entre hombres de distintos estratos sociales. El intercambio recíproco de servicios y/o bienes era básico para la relación entre ellos. Para los patrones políticos, el intercambio significaba apoyo en las calles y las ánforas. Desde el punto de vista de las masas, la dependencia política se desarrolló como un esfuerzo "realista" de su parte para obtener un trozo de una torta Socio-Económica limitada, o simplemente, para capear con un medio ambiente difícil y frecuentemente amenazador, forjando vínculos con aquellos que poseían mayor poder sobre los recursos del Estado.

A pesar de la variedad de lazos de dependencia posibles bajo el populismo, todavía era la presencia dominante de un líder carismático la que constituía la fuerza principal de la cohesión política. La formación del Aprismo, su estilo de campaña, su retórica, su misma razón de ser, parecían existir para proveer un trampolín para el ascenso del Jefe máximo al poder. La eficaz glorificación de las especiales cualidades personales de Haya de la Torre fue primordial para el exitoso reclutamiento de masas realizado por el Apra. Los relatos de sus pasados logros, los testimonios de sus actuales aptitudes y la apariencia personal del candidato lograban comunicar la imagen de una figura paternal de gran corazón, afectuosa y sobre todo protectora, datada de una extraordinaria habilidad para comprender íntimamente las necesidades de sus partidarios.

Para los miembros de las clases trabajadoras limeñas, la importancia de estos vínculos personales con los poderosos, aumentaba enormemente en tiempos de crisis o de mayor adversidad. Dándose cuenta de que aún en tiempos normales disponían de escasos recursos para afrontar su medio ambiente, las situaciones de crisis actuaban para hacer los recursos disponibles aún más escasos, y en consecuencia aumentaban la tendencia de los "impotentes" a buscar vínculos de dependencia con patrones políticos. Semejante situación de crisis se desencadenó a raíz de la Gran Depresión. En parte, la entusiasta respuesta de las masas al Apra ocurrió debido al mayor empobrecimiento del proletariado urbano que los empujó a ver en el líder populista una figura patronal poderosa y aparentemente generosa con la cual era posible forjar valiosos vínculos de dependencia personal, al menos en el nivel simbólico. Además, en una época de confusión y angustia

surgidas de los efectos de los rápidos cambios sociales, crisis políticas y dificultades económicas, los populistas paternalistas presentaron una imagen extremadamente atractiva de fortaleza y orden. En consecuencia, lejos de radicalizar a las clases laborales peruanas, la Depresión los indujo a responder a la alternativa populista como a la personificación política más fiel a las relaciones sociales patrimoniales.

BIBLIOGRAFIA

HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl

1927 "Mis recuerdos de González Prada", *Repertorio Americano*, XV, 6
San José de Costa Rica, 13 de agosto de 1927: 84-85.

1931 **El plan del Aprismo**, Lima.

PARTIDO APRISTA PERUANO

1969 **El proceso de Haya de la Torre**, Lima

SANCHEZ, Luis Alberto

1955 **Haya de la Torre y el Apra**, Santiago de Chile

1969 **Testimonio Personal**, Lima

(Traducción : Cecilia Bákula de Fosca).